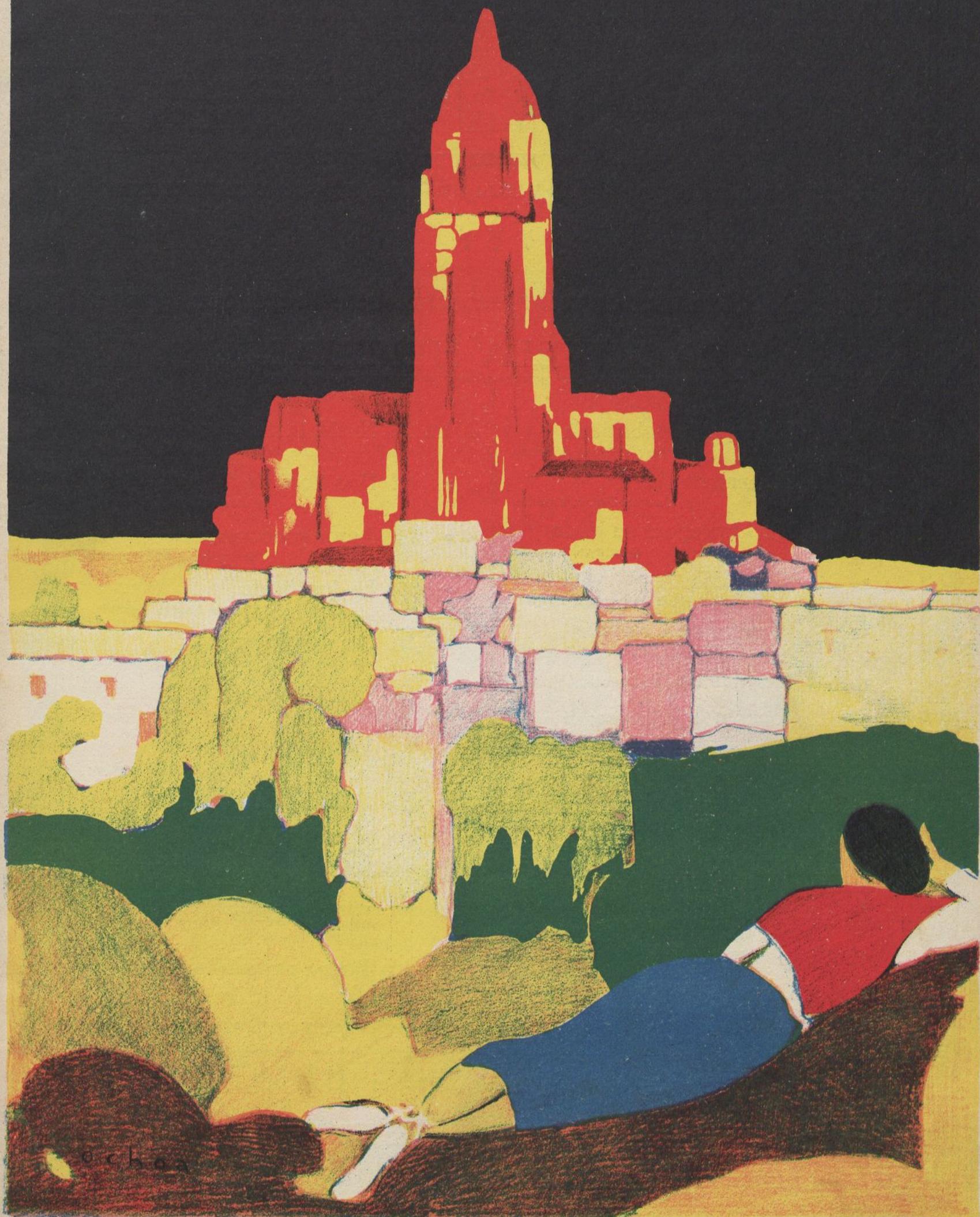


# MUNDO IBÉRICO



ochon

# GRANDES ÉXITOS LITERARIOS

## LA ISLA DE ORO

de Mario Verdaguer  
5 pesetas

## KYRA KYRALINA

de Panait Istrati  
3 pesetas



## MI TIO ANGHEL

de Panait Istrati  
3 pesetas

## EL MARIDO, LA MUJER Y LA SOMBRA

de Mario Verdaguer 3'50 pesetas

NOVELAS TODAS ELLAS DE UN GRAN VALOR LITERARIO Y AMENA Y CULTA LECTURA



Una colección de novelas selectas que leerá con gusto

## LA NOVELA MENSUAL

- Núm. 1. La raqueta embrujada  
Henry d'Asfeld, 1 peseta
- » 2. Trenzas de Abril  
Paulina Elman, 1 peseta
- » 3. Murks prepara su boda  
Scherman, 1 peseta
- » 4. Veleidosa  
Enrique de Leguina, 1 peseta
- » 5. El error de Colette  
Eveline Le Maire, 1'50 pesetas
- » 6. Magdalena Julio Sandean, 1 peseta
- » 7. Jocelyn A. de Lamartine, 1'50 pesetas
- » 8. La casa de las pulgas  
Abel King, 1 peseta
- » 9. El gran amor  
Guy Chantepleure, 1'50 pesetas
- » 10. Novios sin saberlo  
Tomás Orts-Ramos, 1 peseta
- » 11. La conquista de la dicha  
Champol, 1'50 pesetas
- » 12. Amor en el camino  
María Luz Morales, 2 pesetas

- Núm. 13. Nuria, la del velo de novia  
Adolfo Falgairolle, 1 peseta
- » 14. Una hora de "flirt"  
William Morton, 1 peseta
- » 15. Amor subconsciente  
Berta Ruck, 1'50 pesetas
- » 16. La institutriz  
Eugenia Marlitt, 1 peseta
- » 17. Las dos Rosas  
Carlota Braemé, 1'50 pesetas
- » 18. Eva Glaytond  
Carlota O'Neil, 1 peseta
- » 19. Ladrón de amor  
Marc Mario, 2 pesetas
- » 20. Último amor  
Jorge Onhet, 1'50 pesetas
- » 21. El amo después de Dios  
René d'Anjou, 2 pesetas
- » 22. El Caballero Bella - Rosa  
1'50 pesetas
- » 23. Buena amiga De Rouget, 2 pesetas

PÍDALAS A SU LIBRERO O KIOSCO O A "EDITORIAL LUX"

Calle Consejo de Ciento, 347 : BARCELONA



Sistema Leo, Marca registrada

# RAMÓN TERMENS BADAL

Ronda de San Antonio, 84 :: Teléfono 1905 A.



**Material de archivo moderno  
Carpetas, Indices, Fichas  
Muebles de madera y metal  
Ficheros de cartón y madera**

Unica casa en España dedicada exclusivamente a este negocio y con talleres propios de ebanistería y artes gráficas con todos los adelantos para la manufactura de su material. Más de 5,000 instalaciones en toda la nación. Solicite catálogos y datos, que enviamos gratis. Casa la más económica de España

CREMA  
**SERVUS**

da un brillo incomparable al calzado. Conserva la piel y cuesta poco

PRODUCTOS QUÍMICOS HISPANO - LUBSZYNSKI, S. A.  
BADALONA (Provincia de Barcelona)  
Muestrario en la Exposición Permanente de Productos Españoles - MELILLA

GASOLINA  
**GAS = MOTOR**

La mejor para automóviles

**Catasús y C.<sup>a</sup>**

Paseo Colón, 20 - Teléf. 459-A  
:: BARCELONA ::



**BANCO DE VALORES Y CRÉDITO**

Ronda Universidad, 37 (junto Plaza Cataluña) BARCELONA

Toda clase de  
operaciones  
de BANCA  
y BOLSA



TELÉFONOS

A-956 (Dirección)

A-976 (Oficinas)



Dirección telegrá-  
fica y telefónica:

**Valorsbank**

**Apartado 821**

**ANIS DEL MONO**

# MUNDO IBÉRICO

Revista Quincenal Ilustrada □ Director : Mario Verdaguer

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Consejo de Ciento, 347 : Teléfono 131-A

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España, Portugal y América : 10 pesetas año  
Otros países : 15 pesetas año \* Número suelto : 0'50 pesetas

## AL COMENZAR

No queremos incurrir en el riesgo de hacer prematuras promesas y menos aún definirnos dentro de moldes rígidos que quieran ser completo programa de nuestra publicación. \* El periodismo moderno ha ido evolucionando — como todo — y al desprenderse, lenta pero seguramente, de las comuniones políticas para convertirse en empresas industriales que sólo aspiran a recoger día por día los latidos de la opinión pública, ha tomado un singular carácter ecléctico y al lado de las grandes firmas literarias y la luminosa siembra ideológica de las más altas voces del pensamiento nacional, figuran ampliamente aquellos temas (deportes, cines, etc.) que apasionan e interesan vivamente a las multitudes, sin distinción de clases sociales. \* Con todo, el nombre mismo de MUNDO IBÉRICO indica ya una parte de nuestros propósitos. \* Queremos recoger y comentar lo más resaltante de la vida ibérica en sus tres grandes sectores de cultura y acción, bien definidos en las tres lenguas peninsulares. \* Y dedicar — recordemos lo que se hace en Francia, en Inglaterra, en Italia, en Alemania — atención suma a nuestros pequeños pero interesantes territorios coloniales, y a cuanto se refiere a nuestra zona marroquí y a los problemas de las hermosas islas que bajo el pabellón español bañan sus costas en el Mediterráneo y el Atlántico. \* Sin olvidar, por último, a cuanto tiene un signo social más allá de los mares y esté ligado a nosotros por el idioma y por la historia. \* Entendemos que el mejor medio de realizar esa labor — sumariamente indicada — es depurar y seleccionar la colaboración de MUNDO IBÉRICO y cuidar con escrupulosa minuciosidad los detalles gráficos que tanto influyen en la impresión favorable o adversa que causa en un lector indiferente la aparición de las nuevas publicaciones. \* MUNDO IBÉRICO, al iniciar su vida periodística, se complace en dirigir un cortés y sincero saludo al lector y a todos los colegas de la palestra intelectual.

R. 297.207

TEMAS LITERARIOS

## Lo cómico y lo patético

por R. CANSINOS-ASSENS

Es sorprendente observar cómo, en determinadas alturas de clímax, lo cómico y lo patético confunden su fórmula, denunciando una paradójica comunidad de origen, que se nos hace comprensible, no bien meditamos un poco. Lo cómico y lo patético son, en lo esencial, dos modalidades distintas de un mismo proceso de la fantasía creadora, que se valen del mismo lenguaje figurado. El retruécano es, en realidad, una expresión poética que viene a enriquecer el lenguaje, puramente lógico, descubriendo dos valores en la misma palabra. La ironía no es, en suma, sino un lenguaje poético, una serie continuada de aviesas imágenes que dan a entender algo distinto de lo que parecen decir. Cuanto al sarcasmo, ¿qué es sino como un himno al revés, que conserva todo el ardor y el entusiasmo del ditirambo ingenuo?

Es notable comprobar cómo lo cómico y lo patético se valen de los mismos resortes para provocar la emoción y cómo también requieren en sus grados geniales, la misma elevada inspiración poética. Líricos, que al mismo tiempo fueron grandes genios epigramáticos, como Heine, nos comprueban este maridaje feliz de la lágrima con la sonrisa en el nublado día de primavera del arte. Lo que mueve a llano puede suscitar la risa y viceversa; admirable sencillez de la pauta emotiva, que con un simple cambio de clave, puede diversificar por modo antagónico, el tono y el sentido de su música.

La loa de un poeta puede trocarse en sátira, sin más que una sencilla vuelta del musical resorte. Heine es maestro en ese travieso arte de alterar la pauta de la melodía con un inesperado cambio de registros, que sobreviene al final del poema, mediante la introducción de una frase extemporánea y sarcástica, que comunica por modo retroactivo su virtud a todas las estrofas anteriores, dotándolas de su verdadero acento. Esa frase sarcástica que es como el silbido del mirlo, después del canto del ruiseñor, nos sorprende siempre en modo desagradable, precisamente porque nos revela la ambigüedad de los resortes poéticos y la posible duplicidad del artista que, siendo un ruiseñor, capaz de embelesarnos con su canto, puede también burlarse de nosotros, interrumpiendo nuestro éxtasis con el silbo del negro dandy impertinente de la enramada.

La revelación de esta admirable identidad de los registros poéticos, al parecer más antagónicos, va siempre acompañada de ese calofrío de pavor que solemniza la intuición de todo misterio; circunstancia que contribuye a acrecer y reforzar el efecto enojoso—patético o trágico—de esas bufonadas verbales. Poe sabía esto muy bien y

acertó a emplear genialmente la fórmula en ese inquietante poema *El cuervo*, en que ambiguamente dialoga con el pajarraco fatal, de nocturno plumaje. Es sorprendente, de un asombro cuya conciencia fácilmente puede transformarse en pánico, ver cómo en este extraño poema, el efecto patético está buscado y obtenido por medios genuinamente cómicos, sin que intervenga otro pathos serio y grave que el del propio poeta, alarmado y empavorecido precisamente por la bufa solemnidad del avechucho que, interlocutor maniático o ignorante, a todas sus preguntas contesta con la misma frase extemporánea—y por acaso oportuna—: Nunca más. Recuérdese cómo este pathos se inicia ya antes de la aparición corvina, por medios puramente cómicos, cuyo efecto es, sin embargo, de inquietud, con aquellas equivocaciones del poeta que, mal despierto a deshora sobre sus viejos infolios «de un saber olvidado», confunde el picotear del pájaro en la ventana, con la llamada de algún amigo visitante. Este pathos va desarrollándose luego gradualmente en el poeta, a vista de la extraña conducta del alado intruso, cuyo aspecto sólo le sugiere al principio, imágenes irónicas. El efecto verdaderamente patético sólo empieza cuando el poeta entabla con su lacónico huésped aquel diálogo, que gira todo él en torno a un *quid pro quo* como el de las farsas. A las preguntas del poeta, inquiriendo quién es y de dónde ha venido, y demandándole finalmente noticias de su inolvidable Leonora, el taciturno cuervo responde con esa sola frase «Never more» que parece el estribillo de un maníaco o el despropósito de un sordo, aplicado a todo evento. Y, sin embargo, de esa frase única y extemporánea que pretende responder a todas las interrogaciones de una curiosidad conturbada, creando una situación bufa que en otras circunstancias movería a risa, nace toda la fuerza patética del poema, cuyo creciente desarrollo y gradual incremento sigue el mismo clímax que seguiría en la clave cómica de lo bufo.

¿Qué otra cosa haría un autor cómico para lograr su efecto que repetir una y otra vez ese incongruente estribillo, multiplicando las preguntas cada vez más irritadas e iracundas del interlocutor burlado? Pues eso mismo hace Poe; y sin embargo, el empleo de ese recurso cómico es lo que dota al poema de su tremenda fuerza trágica. Y a medida que se reitera el despropósito y aumenta la exaltación airada del poeta que reconoce y proclama lo absurdo de esa respuesta única del cuervo sibilino, va creciendo paradójicamente la tensión trágica hasta rayar en verdadero pánico. Mas no obstante, el poeta mantiene hasta el final la técnica

de lo bufo; ya que al cabo, como sucede en las farsas, el interlocutor del cuervo concluye por darles un sentido oportuno a sus invariables palabras, acomodando a ellas sus preguntas, que ya siguen instintivamente la pauta de la única y reiterada respuesta del monótono oráculo. Este tácito acuerdo del interlocutor que dice cosas atinadas con el otro que sólo profiere un terco desatino, cual estribillo que aprendió de memoria, marcaría en una farsa el momento culminante de lo cómico, mientras que en la genial obra de Poe señala la tensión máxima del pathos trágico.

La alarma, la congoja, el miedo supersticioso del poeta y del lector alcanzan su mayor intensidad y altura precisamente en ese instante en que el poeta dialoga, así, de acuerdo, como otro vesánico, con aquel cuervo doctoral, que habla cual un orate. La revelación del retruécano existente, tácito, en la naturaleza del lenguaje y de la psiquis; el descubrimiento de que palabras, dichas al acaso por un pajarraco que las aprendió de memoria y las profiere sin conciencia de su significado, puedan tener un sentido y coordinarse momentáneamente como respuestas a preguntas formuladas con exaltada lucidez, adquiriendo valor sibilino y profético; el presentimiento de esa comunidad de origen entre lo bufo y lo tremendamente serio, todo eso unido y revelado en el poema de Poe, con todo el resalto de su flagrante inmoralidad, es lo que hace que resulte una obra de indecible fuerza trágica, no obstante la índole cómica de sus registros emotivos.

Resulta así el poema una gran bufonada tan enorme y tan sencillamente surgida de la entraña misma de lo natural aventurado, de ese albur fatídico e inmoral, que es el misterio supremo de la naturaleza y de la vida, que asume los caracteres de una auténtica chuscada del Destino, y como cuanto con éste se relaciona, se hace trágica.



## El billete de cien francos

por Ramón Gómez de la Serna

Tenía bellezas tornasoladas, de discretos rosiclères, el billete de cien francos francés. Recordamos lo optimistas que resultaban en nuestras manos, suaves como billetes de papel de seda.

Tener un billete de cien francos, era tener algo, hacer numerosas comidas en los restaurantes independientes y escondidos, tener la libertad de vivir, sintiéndonos asegurados en la modestia. ¡Nada de tener que llevar sobre los hombros rangos implacables!

Cien francos eran un «complet», o sea, americana, pantalón y chaleco con todos sus

botones y hasta bolsillo interior. Con tres billetes de cien francos se compraba un viaje hasta Nápoles ida y vuelta en tercera de lujo, o sea, una tercera con los vagones de recién pintado pino, ese pino que queda en una bella desnudez amarilla y que huele mucho a árbol.

El billete de cien francos era un diploma de medalla de oro pintado por ese aprendiz de Academia que dibuja los diplomas y parecía que tenía en medio el claro honorífico destinado para recoger el nombre del agraciado.

¿Premio de qué? Premio a la industria, al comercio, a la agricultura, a el haber presentado el cerdo más gordo y más blanco del mercado—resultan indecorosos esos cerdos perfumados y blanquíssimos.

Asomaba en la cartera la acuarela—medio postal, medio acuarela—del billete de cien francos francés, como animador papelito claro, coloreado, parecido a uno de esos días en que festejamos solos—perdidos y abandonados en el extranjero—una especie de santo y de cumpleaños, en verdadera francachela de niños que salen por un día del colegio interno.

—¡Ah! Aun me quedan cien francos—nos dijimos muchas veces, tocando delicadamente el billete como debido a los pinceles de Millet.

Billete de jardín, billete de la Francia de los tapices y de la Fábrica de Sèvres, billete de la Francia de las sederías, revelaba la suave pulcritud que hay en Francia para el dinero.

Nos costaba entonces más de cien pesetas y eso le daba aún más importancia. Pero las merecía porque todo él estaba lleno de serenidad y regocijo, mirándose en las linfas fecundas que riegan la fertilidad de Francia.

Y ese billete con aires de vendimia pensativa, que tanta confianza nos daba, ahora no es tanto como era, no se puede decir que no es «casi nada» como iba a decir inconscientemente.

Aun dan una cama de hierro dorado con todas sus guarniciones casi por cien francos, aun puede una dama comprarse por cien francos algo que la elegantice y la complete, pero aun con eso se va el billete sutil, de papelillo de seda, tan raudamente como si le soplasen en las alas un viento pertinaz.

Hemos elegido unos cuantos libros. El librero con un gesto de tratante en libros mira rápidamente su lomo y va formando una suma cuyo resultado, que nos espeta con gesto indiferente, es:

—Ciento diez francos.

Los billetes de cien francos han adelgazado aún más y su papel de seda es ya fino papel de fumar. Por un billete de 25 pesetas y poco más de un duro nos entregarán uno de esos billetes que aun ahora llevan impreso el recuerdo de nuestra simpatía, de aquella alborada de optimismo que ponían en nuestra cartera.

Adquiríamos billetes de éstos sólo por coleccionar lo amable, lo esperanzado, lo que guarda en sí dicha melancólica y segura, recuerdo de los antiguos concursos de que fueron como diploma y vale de honor.

Esa especie de decoración de la ventana de Francia, esa especie de fresco mural que rodeaba la puerta de entrada en nuestros viajes, tiene aún una belleza nostálgica de



## La memorable calle de Alcalá

por José María Salaverría

Hablamos siempre del paisaje con referencia al campo abierto y para elogiar la hermosura de sus árboles, setos y arroyos. Pero la ciudad es también paisaje. En cuanto a la belleza, el interés y la atracción seductora, no hay un hombre inteligente que se atreva a negar el encanto del paisaje de una calle ciudadana.

Y el vicio. Hay viciosos de la calle, lo que muy raras veces se observa en los labradores. Unos viciosos incorregibles que consideran el mundo como cristalizado en piedra y en cemento, en escaparates y en tranvías tintineantes. Para los cuales el cielo necesita estar surcado no precisamente por nubes y celajes, sino por las espesas franjas de los alambres del teléfono, mientras las filas simétricas de los faroles de gas suplen a los árboles en ese paradójico paisaje municipal. Todo ello acompasado y como batido en el gran rumor de órgano de la ciudad resonante.

Todas las poblaciones tienen una plaza, una avenida o una calle que viene a ser la médula o el centro integral de la urbe. El trozo de vía que asume la función de caracterizar y representar a la urbe entera. Los grandes bulevares de París, por ejemplo; las ramblas y la plaza de Cataluña en Barcelona; la calle de Alcalá en Madrid.

Yo soy a mi manera un vicioso de la calle. Cierta vez, asentado en París por una larga temporada, me vi cautivo de un entusiasmo callejero que me empujaba fuera de casa con una fuerza insuperable y que me hacía caer, al filo del mediodía, en cualquiera de las terrazas de los infinitos cafés bulevarderos. Era una inefable embriaguez aquella de sentarse en una silla y ver el desarrollo de la fantástica película, única en el mundo, que va desenrollándose gratuitamente a lo largo del Bulevar. Pero los vicios no aman la soledad; gustan de ir acompañados. Yo contrahe la costumbre de beber una copa de vermouth para hacer más incitante el placer de la terraza, y concluí, naturalmente, en una gran crisis hiperclo-

panneau decorativo en el palacio del que se han vendido algunos muebles y que pasa por economías imprescindibles.

Ya cuando esos niños que hay en el paisaje de cien francos crezcan, será otra cosa y se resarcirá y se acrecentará ubérrima la huerta abandonada a esos bellos campesinos que no sé por qué, siendo la decoración de esos billetes de antes de la guerra, ya aparecían solos sosteniendo los bártulos de la labranza. ¿Ahora merecerán los falsificadores los trabajos forzados que merecían los falsificadores de antaño?

ridica. Ahora, amedrentado por la experiencia, me limito a beber una de esas botellas de gaseosa que en Madrid, pintorescamente, llaman bolitas.

Con gaseosa o con champaña, ¿qué más da? Lo que importa es poder llegar al punto de vaga e intelectual embriaguez que sugiere la calle turbulenta a un hombre de imaginación. Para eso se hicieron los cafés. Sentado en un café, con la copa de gaseosa que echa burbujas como chispas, yo me imagino que la calle de Alcalá está deslizándose inacabablemente por delante de mis ojos como si quisiera ofrecerme una síntesis de la capital de España, o de la misma España entera.

En la calle de Alcalá, efectivamente, está la verdadera historia de esta España transeunte que vive su minuto actual. Calle de verdad completa, no hay un elemento patrio, un ademán o un guiño patrios, que estén de ella ausentes. Desde la Puerta del Sol, donde la calle se estrecha como boca de embudo, hasta la Puerta de Alcalá, en la que el espíritu y la norma de Carlos III desafían a todas las generaciones que quieran disputar el «record» de la corrección y la grandeza civiles, nuestra mirada abarca un mundo de cosas esenciales o frívolas, majestuosas o grotescas. Templos de oración, como «cabarets» y tabernas de perdición. Ministerios en los que van levantándose, con perseverancia burocrática, montes de papel sellado, junto a esos altivos monumentos, los Bancos, que la todopoderosa codicia de nuestros días erige a la mayor gloria del Dinero.

Ahí pasean los «señoritos», género de humanidad que casi no se produce más que en España. Por ahí transitan las muchachas casaderas, con el novio a un costado y la «carabina» a la otra banda, trinidad humana casi exclusiva también de nuestro país. Y esos tipos de hombre que ya sólo se ven en España; correctos, altivos, vagamente melancólicos, de noble presencia y con el aire de estar echando de menos algo: la espada. (Ese tipo del hidalgo rezagado y como destituido de sus funciones antiguas, en España nada más, y especialmente en Madrid, es ya posible verlo.)

Las campanas de San José o de las Calatravas intentan sobrepujar el clamoreo de los claxones. Los timbres repiqueteantes de los tranvías meten su acento de discordia en el estrépito universal de la calle, y al último, sobre todas las voces en competencia, más arriba que el estertor de los «taxis», más alto que la protesta de las campanas, se elevan los gritos de las desgañadas vendedoras de décimos de la Lotería: «¿Quién quiere la suerte? ¿Quién quiere el millón?»

(Supremo alarido de la conciencia soñadora de un pueblo que cree, tanto como en Dios, en el azar.)

A veces la calle se estremece con una tática emoción difícil de describir, y suele ser cuando, porque un embajador extranjero marcha a Palacio a presentar sus credenciales, las mejores carrozas de la Casa Real pasan procesionalmente, ceremoniosamente, pausadamente, con todos sus nácares y dorados al sol, con todos sus bronces y penachos a la luz, con sus lacayos de librea, con sus caballos de casta emplumerados, con sus tricornos, con sus casacas. Entonces parece que las antiguas Monarquías reviven, y que España sigue siendo aquella nación que en los tratos de Europa contaba entre las principales, y era temida o aborrecida, pero nunca desdeñada. O pasa un batallón de soldados de vuelta de cualquiera parte, sonando la música a todo tocar (pasadobles zarzueleros con un punto de jactanciosa flamenquería), y el alma expectante de la muchedumbre quisiera irse con ellos, con los soldados, a consumir la proeza guerrera que quedó pendiente de realización hace tiempo, mucho tiempo ya.

De pronto, en el tramo de la calle que parece más sacudida por el ansia moderna de actividad, y frente a la marea de los que van acelerados a sus negocios, se abren las ventanas, amplias como escaparates, de un casino, un círculo, una peña. Y se ven unos señores sentados en sillones, con un vaso de agua delante, extendidos como en exposición, la mirada aburrida, el gesto cansado; todos abstraídos en el examen de no se sabe qué idea... ¡Espectáculo único en Europa! Han transcurrido más de cien años de pendencias sociales; se han discutido los deberes de los ricos y los derechos de los pobres; se ha hablado hasta la saciedad de la obligación que todos los hombres tenemos de servir para algo, de estar haciendo algo en este comprometido escenario de la vida en común, y de repente, en un lugar del mundo civilizado hay unos señores que no procuran, como sus semejantes de Londres, ocultar su regalona ociosidad, sino que la ostentan al rostro mismo de los atareados o de los miserables. Es como si se estuviera a ciento cuarenta años de fecha atrasada. Como si la Revolución no hubiese estallado todavía. Como si reinase Carlos IV.

¡Deliciosa vida! Es la delicia hecha de abandono y de indulgencia, de comprensión y de ir perdonándolo todo porque, en realidad, ¡no vale la pena de tomar las cosas a lo trágico! La filosofía del pueblo español brota y se expande por el aire de esa calle de Alcalá sintética, índice verdadero del ser nacional. En ella está comprendido todo, lo deficiente como lo excesivo, la virtud lo mismo que el pecado. España entera está ahí, tal como es, con sus faltas y sus sobras y con su espíritu intraducible a ningún lenguaje que no sea el español.

En ciertos días providenciales, cuando el clima quiere agotar su riqueza de perfecciones, en los dorados crepúsculos de octubre o en las tardes jubilosas de abril, la calle de Alcalá se exalta y espiritualiza hasta lindar con lo sublime. La marea de los carruajes tiembla en la penumbra, mientras al fondo, en el espacio hueco que deja la Puerta del Sol, el cielo se afina de un modo indecible, como una mancha de naranja batida en extractos de perlas. Sobre ese fondo,

## ANTE UN CENTENARIO

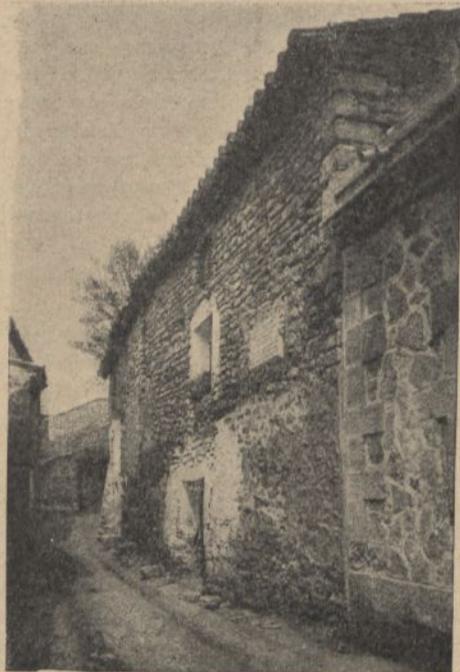
# La casa en que nació Goya

por Emilio Ostalé Tudela

En Fuendetodos, hay una casuca de viejas piedras, situada en la actual calle de Goya, que es la casa en donde nació el inmortal pintor español.

Hasta el año 1913, casi ninguno de los artistas aragoneses había visitado nunca el pueblo de Goya. Se sabía algo por lo publicado por el conde de la Viñaza, por Anselmo Gascón de Gotor; pero nadie se preocupaba de que muy próxima a Zaragoza se derrumbaba poco a poco una casa que en otra nación se conservaría como una reliquia.

Fué preciso que visitase Fuendetodos el pintor español Ignacio Zuloaga, para reunirnos en el Ateneo de Zaragoza y tomar el acuerdo de colocar una lápida en la casita



pueblerina, que recordase al visitante que allí nació el que fué más pintor entre los pintores.

Se abrió una subscripción para la placa, y el día 4 de mayo de 1913 un grupo de unos cincuenta marchaban a pie, en carros, en caballerías, por entre los pinares de la princesa de Pignatelli, en peregrinación, y a cuyo frente caminaban, a manera de santones, los artistas Zuloaga y Uranga, a la casa de Goya. Una casa con viejas piedras, una ventana y puerta pintadas con cal y un ventanuco. Esto es todo.

primor de Ocaso de Castilla, la aguja de un enhiesto campanario traza tal vez un gesto eclesiástico de antiguo estilo. Todo aparece entonces ennoblecido y decantado en la memorable calle de Alcalá, que recobra por último su sentido auténtico de ser una especie de paréntesis en Europa, una especie de puerto franco o puerto de refugio donde la vida se limita a la suave y filosófica función de dejarse vivir por lo que el acto de vivir tiene de amable y de placentero...

La lápida dice así:

*En esta humilde casa  
Nació para honra de la Patria  
Y asombro del Arte  
El Insigne Pintor  
Francisco Goya Lucientes  
31 Marzo 1746                      15 Abril 1828  
La admiración de todos rindió este  
Homenaje a su imperecedera memoria*

Penetremos. Un patio que da paso a una cocina aragonesa y en el que se encuentra una escalera para subir al piso superior.

Por las paredes, colgadas, fotografías de todos los cuadros de Goya.

Subimos por la vieja escalera y nos hallamos con una sala cuyo pavimento se hunde y la alcoba en que nació Goya, en donde apenas cabe la antigua cama.

Lector: si alguna vez has sentido emoción grande, es ante esta alcoba. Aquí nació, en medio de esta pobreza, el hombre que, haciéndose a sí mismo, llegó a conquistar un nombre inmortal para él y para su Patria.

Visitando el lugar de su origen, comprendemos el gesto violento y despectivo de Goya.

Ante el cuarto en que vino a este mundo, llegamos a saber el secreto de que Goya introdujese la tragedia en la vida y el arte, ya que la llevaba dentro.

Mirando esta pobre habitación pensamos que sus aguafuertes, caprichos y fusilamientos, son el natural producto de su carácter amargo y pesimista.

Bajo estos techos, se concibe que el hombre que de aquí salió para encontrarse en la Corte, tras luenga lucha, sea arisco.

En este ambiente se llega uno a competir en lo que sus obras tienen de plebeyo.

El que se formó aquí tenía que ser siempre un hijo del pueblo, y, aunque la vida le sonriese, llevaría siempre la amargura y la rudeza del pueblo.

De esta casuca, a Palacio. ¡Cuántos trabajos en esa carrera! ¡Cuántas horas amargas y desengaños! Esa es su obra. Personajes de gestos estúpidos, brutales, de injuria, de concupiscencia. Escenas de hampa, de chulería, de sangre, de fanatismo, de miseria. Reyes, príncipes, vagos, celestinas, brujas, majas, chisperos, ministros, inquisidores, hambrientos, frailes, condenados a muerte...

Entre los grandes hombres, Goya fué excepcional. Su obra no puede ser más que de un hombre fortísimo, varonil, todo vigor, eternamente joven. Goya no pintaba el modelo, copiaba el espíritu del mismo. Al nacer así tenía que ser plebeyo, el más plebeyo de los pintores; pero su arte sin par escaló el aristocratismo de los elegidos para crear escuelas, de los que saben mostrar la pura luz de su alma, de los que, siendo solitarios, se imponen a todos.

## DE LA ISLA DE MENORCA

## La Salsa Mayonesa

POR L. LAFUENTE VANRELL

Un artículo de Salaverría, interesante y bello como todos los suyos, ha promovido debate acerca de la cocina española. De la polémica, en su estado actual, parece desprenderse que la cocina nacional peca de cierta ordinariéz que la hace desagradable a los paladares delicados. Como esto no es exacto y se puede probar documentalmente, no será difícil demostrar con una anécdota que uno de los aderezos más sabrosos de la celebrada cocina francesa—la salsa mayonesa—es de origen español.

Antes he de lamentar que muchas regiones españolas carezcan de un libro dedicado a su cocina típica, con lo que tendríamos suficientes elementos de juicio para discutir; pero una de nuestras regiones, una de las más pequeñas y de las más cultas de España, la Isla de Menorca, puede ostentar un interesante tratado de cocina y repostería, titulado «De re cibaria», redactado y publicado en 1923 por el erudito abogado y publicista don Pedro Ballester, obra premiada en un concurso celebrado por el Ateneo de Mahón y caracterizada por no ser un simple manual de cocina, pues en su plan y desarrollo es una obra de interesante folklore hermozeada por la erudición, el estilo y la filosofía. Pues bien; en este libro hay recetas de manjares finos y sabrosos en número suficiente para constituir una cocina selecta y abastecer una mesa distinguida. Y la base de esta cocina son los productos regionales, por lo que no se la puede tildar de haber reunido recetas extranjeras.

La prueba al canto.

Si consultáis un diccionario francés podréis leer lo siguiente: «*Sauce mayonnaise*.—Salsa fría que se hace con aceite, vinagre, yema de huevo, sal y pimienta o mostaza, todo muy bien batido hasta que tome la consistencia debida.»

«Etimología. — De Mahón, *mahonnaise*, tomada por el duque de Richelieu. Se ha de decir *mahonnaise* y no *mayonnaise*. La conversión de la «h» en «y» es efecto de la ignorancia de los cocineros que tantas veces ha corrompido.»

Los cocineros franceses han llegado a convertirla en *sauce bayonnaise* creyéndola oriunda de Bayona y como bayonesa figura en no pocas minutas de España.

Nuestros diccionarios oficiales suelen decir: «A la mayonesa: plato aderezado con esta salsa. Mayonesa de pescado, de ave, etc.»

Pero está fuera de duda que se ha de decir *salsa mahonesa* o a la *mahonesa*.

El duque de Richelieu, Luis Francisco Armando de Plessis, mariscal de Francia y sobrino segundo del famoso Cardenal, fué uno de los hombres más mundanos de su tiempo. Su vida (1696-1788) fastuosa, su amabilidad cortesana, sus prestigios militares y sus amores escandalosos, difundieron su nombre de modo extraordinario.

Sus bodas con mademoiselle de Nouailles y con la princesa de Lorena, de la casa de Guisa, no le cohibieron para mantener relaciones íntimas con la duquesa de Borgoña, con madame de Villars, con las hijas del duque de Orleans y con otras muchas damas.

Tuvo amistad inquebrantable con Voltaire, a quien protegió.

Luis XV le nombró embajador en Austria. Tomó parte en la guerra de Polonia, coadyuvó a la victoria de Fontenoy, levantó el sitio de Génova puesto por los ingle-

ses, gobernó la Guyana, mandó la expedición a Menorca y durante su campaña de Alemania se apoderó de Hannover.

Para la conquista de Menorca rodeóse de una oficialidad brillante. Trajo a sus órdenes cinco mariscales de campo: el conde de Lannión (luego gobernador de la Isla), los príncipes de Beauveaut y de Wurtemberg,



Recinto abaluartado de piedra seca mandado construir por el mariscal duque de Richelieu en torno del *talayot* megalítico de Trepucó, desde donde dirigía y observaba el sitio del castillo de San Felipe (Mahón) en 1756

y los marqueses de Monteynard y de Montmorency.

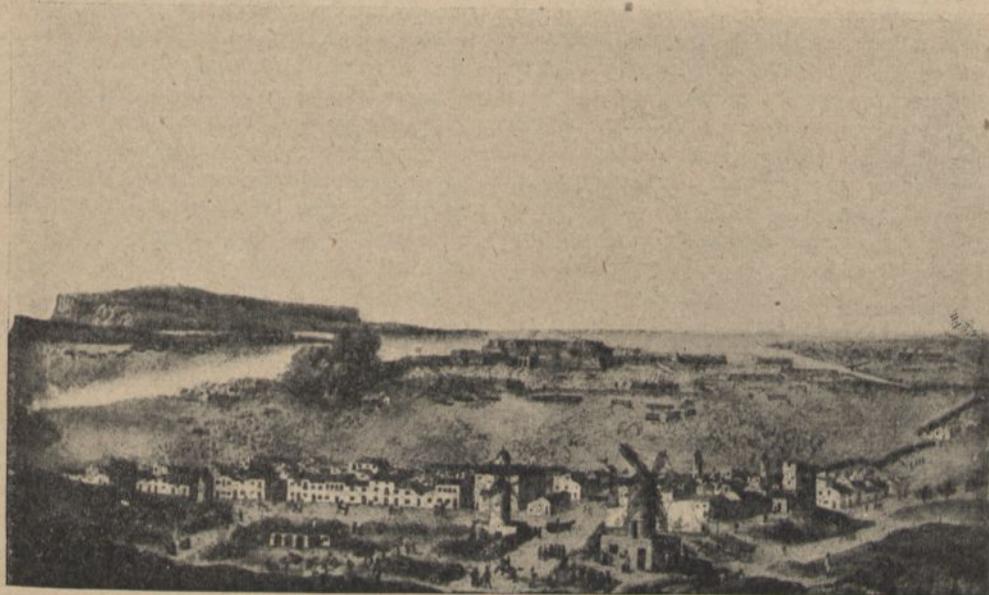
El señor de la Blimier, los marqueses de la Roquepine, de Puigsignieu, de Monty, de Mesnil, de Rohan-Rochefort, de la Roche-Imbault, de Clérmont d'Amboise; los condes de Millebois, de la Serre, de Levis-Servant, de Fraissnell, de Egmont, d'Aigremont, de Rochambau, el duque de Fronsac (hijo de Richelieu) y otros personajes de la primera nobleza de Francia, mandaban los batallones, baterías y compañías que el 18 de abril de 1756 desembarcaron en Ciudadela y el 22 llegaron a Mahón, cercando desde el día siguiente el castillo de San Felipe, cuyo sitio duró hasta el 29 de junio.

El asedio fué fecundo en anécdotas interesantes. La de la *salsa mahonesa* fué como sigue: El duque de Richelieu, preocupado con el plan de ataque general, vagaba cierta noche por las calles de Mahón sin acordarse de tomar alimento. Ya tarde, apremiándole el hambre, entró en una fonda para pedir de comer. Pero sus oficiales habían agotado los víveres. Al decirle el fondista que ya no quedaba nada, el general le rogó lo mirara bien y registrando aquél la despensa, encontró unas piltrafas de carne de ingrato aspecto, por lo que contestó:

—Señor, es lo único que hay y no es digno de vuestra excelencia.

—Arréglalo como puedas, que en tiempo de hambre no hay pan duro.

Hízolo así el fondista y se lo presentó con



Sitio del castillo de San Felipe (Mahón) en 1756 por el duque de Richelieu

una salsa, que fué tan grata al duque que hubo de preguntar qué salsa era aquélla tan sabrosa.

—Señor, es simplemente una salsa de huevo.

—Pues dime cómo se hace, que lo voy a apuntar.

Así lo cumplió y le dijo al fondista que en lo sucesivo se llamaría *salsa a la mahonesa*. Con este nombre la dió a conocer a su regreso a Francia.

La conquista de Menorca fué muy celebrada en París y el duque obsequiadísimo.

Madame de Pompadour, en una fiesta íntima que dió en honor de la victoria de Richelieu—a quien llamaba *el menorquín*—repartió unos lazos para las espadas de los caballeros, que bautizó con el nombre de *a la mahonesa*.

Quien menos agradeció a Richelieu su conquista fué Luis XV. Cuentan los historiadores franceses que cuando el Rey, en audiencia general, recibió al duque, quizá



Casa de la familia Poli donde estuvo alojado en 1756 el duque de Richelieu, en Mahón, durante la conquista de Menorca, que era a la sazón dominio de Inglaterra

influido por los enemigos de éste, en vez de plácemes por su rápida victoria contra Inglaterra, sólo le dirigió esta maliciosa y burlesca pregunta:

—Y bien, mariscal; ¿qué tal os han parecido los higos de Menorca? Dicen que son muy ricos.

Y el monarca se dirigió a otros cortesanos.

Menorca volvió a ser de Inglaterra en 1763 y Richelieu vivió hasta 1788. Quizá pensó alguna vez, él, tan zumbón y volteriano, recordando la ingratitud de su Rey, que lo único positivo y durable de su conquista era *la salsa* que la refinada cocina francesa ha difundido por todo el mundo.

Yo no sé si esa salsa tuvo o no su origen en Menorca. ¿Quién sabe dónde está el *primer origen* de las cosas? Pero de Menorca pasó a ser conocida y divulgada. Justo es que conserve el nombre que le impuso su padrino de pila, el mariscal de Richelieu.

## Cuentos de "Mundo Ibérico"

# TESTIGOS

por Vicente Díez de Tejada

—Venga usted acá, señor de Mañara, y dígame: ¿quién era aquella mujer hermosísima a quien iba usted *encerrando* anoche?

—Mujer..., hermosísima..., encerrando... ¿Yo?

—Sí, hombre, sí; usted, usted; don Justo Inocente y Mas.

—Desafina usted sabiamente en este solo de violón.

—¿Sí?... ¿Con que desafino, eh?... Espere usted un momento... Marqués...

—¿Qué hay de nuevo?

—Anoche, delante de usted y de mí, Caballero de Gracia abajo, otro caballero de más gracia aún, ¿qué hacía?

—¡Ah, sí; es verdad! General, choque usted... ¡Encunable!...

—Bueno; esto es que se han vuelto ustedes locos, ¿verdad?

—Tiene usted un gusto exquisito.

—Eso le decía yo, y el pobre cadete se ruboriza y niega.

—Ya se explicarán ustedes. Por mí, adelante con los faroles y siga la broma.

—¿Molestamos?

—¡Nada de eso! *Tonteamos*, nada más. Y mientras tanto, esa pobre señora, hermosísima, esperando que acabe yo de encerrarla... Ya me dirán ustedes por dónde va ahora.

—¡Pero es usted *apocalíptico*, General! El Marqués y yo le vimos a usted anoche. Somos dos; dos testigos...

—Capaces, con su ligereza, de hacer condenar a un inocente... No es la primera vez que me pasa esto. Una vez—caso inverso del presente,—de común acuerdo, y a cosa hecha, iba yo siguiendo a una mujer. Alguien que la vió a ella y no me vió a mí, pero sí a un quidam que entre, ella y yo marchaba, se apresuró a ponerme en autos de lo ocurrido... A aquella mujer... ¡la iba siguiendo un hombre!... Y no era verdad, porque la íbamos siguiendo dos.

—Conteste el reo categóricamente. ¿Dónde se hallaba el procesado anoche a las once y quince minutos *de la misma*?

—Ya saben ustedes la respuesta consagrada en los melodramas y en los novelones. El reo no puede contestar, porque precisamente a esas horas se hallaba departiendo amigablemente con una dama (Desdémona; no sé si ustedes la conocerán), cuyo nombre, aunque yo sí, no puede revelar él, por temor al esposo de la dama (un tal Otelo, de quien no sé si habrán oído hablar ustedes). Pero lo que ese infeliz procesado, *il povero fornaro* de Venecia, no puede aclarar, puedo iluminarlo yo, diciendo: «Señor Fiscal de S. M., anoche a las once y quince minutos yo *no existía*, porque fuera del tiempo y del espacio, estaba en la Academia *haciendo* de inmortal.»

—¿En la Academia?

—Sí, señor, en la Academia, desde las diez de la noche hasta cerca de la una de la madrugada; y antes aquí, donde comí, y después aquí otra vez, donde tomé un refrigerio...

—Pero, General, ¡por Dios! ¡Si el Conde y yo le vimos a usted!

—Pues el Conde y usted, Marqués, se equivocaron. Afortunadamente, y en caso de apuro, contra el testimonio de ustedes dos podría presentar yo dos docenas de testigos, no como los de aquel «que *no* le habían visto cometer el crimen», sino que me habían visto *no* cometerlo..., que es muy diferente.

—Es extraño; yo hubiera jurado no equivocarme al afirmar que era usted aquel a quien vimos.

—Lo mismo, exactamente, digo yo.

—Pues hubieran jurado ustedes, si no en falso, que esto en ustedes no es posible, si con punible temeridad. Ustedes eran dos; pudieron haber sido ustedes dos mil, y los dos mil estar equivocados. En la psicología de las multitudes entra la fascinación, la sugestión, el *contagio* del error de uno que las invade y las apesta. Allá va un caso.

No era yo mozo aún y tenía novia ya: una chiquilla como yo, que me había sorbido el seso, acaso antes de tenerlo. Una noche, en el teatrillo del pueblo en que ella veraneaba, y al que medio *de oculis* había acudido yo, se daba una función de hipnotismo, ocultismo, prestidigitación, etc., etc. *Ella*, claro estaba que iría a su palco con la familia en cuya casa se hospedaba. Yo, imprescindiblemente, iría también, ¡no faltaría más!, y a la butaca más próxima al palco suyo, como es de rigor. Pero ¡ay!



Una chiquilla que me había sorbido el seso

que yo me hallaba en un gravísimo apuro: la noche anterior, en el maldito Casino, en el que no se jugaba, me habían birlado en la mesa de juego hasta la última peseta. No podía yo dirigirme a nadie en demanda de un préstamo; no tenía allí amigo alguno a quien pudiera acudir con pretensión de tal índole, que ha de ir refrendada por la intimidad, y que ha de ser por una honda amistad disculpada. Conservaba mi reloj, una saboneta de oro un poco antigua, pero que, machacada, valía siempre una onza. Se salvó el país. Acudí a la dueña de la fonda, contándole mis cuitas, rogándole que me guardase el mayor secreto y que me prestase cinco duros, dos, uno, hasta el día siguiente, en que recibiría dinero de mi casa, reclamado ya. La buena señora, un poquín escamada—¡se reciben tantos chascos en la vida!,—me alargó, espléndida, los cinco duros solicitados, negándose a aceptar el reloj que yo le brindaba en prenda. Agradeciendo mucho su confianza en mí,

que, claro está, aumentaba a medida que la rechazaba yo, insistí, decidido a no verme humillado por su generosidad, y logré que se quedase con la saboneta. Guardósela; pero no así el secreto, por lo que pude observar más tarde.

Llegó la hora de la función, y ya mi adorada, desde la delantera de su palco, iluminaba la sala con la luz y el fuego de sus

Carcajada general del público imbécil, para demostrar que él sabe que no se machacan en los morteros los relojes, mientras yo, sorprendido, sin recordar al pronto que el mío yacía lejos del alcance de ellas, llevo mis manos al bolsillo de mi chaleco, y cuando mis graciosos burladores esperaban verme más corrido que una mona, yo, con una sangre fría admirable — ¡mi don



«El señore será tan gentil que mi presta un momentino il suo reló...»

ojos; yo, radiante de felicidad, yacía sentado a los pies de mi adorado tormento, en la butaca frontera a su palco; y el mosquetón de mi leontina de oro, en vez de sujetar como a un forzado mi viejo reloj, se perdía baldío en la mazmorra desierta del bolsillo de mi chaleco.

Pasaba la función sin pena ni gloria por mi parte. ¿Me enteraba yo de algo? Para mí no había más función que la de mi felicidad, ni más hipnotismo que la fascinación que sobre mí ejercían las miradas de mi novia; más ocultismo que el de sus bellezas y perfecciones, que yo, enloquecido de amor, presentía y adivinaba; ni más prestidigitación que el cambio invisible, a la vista del público necio, de nuestras mudas frases de amor, que de la cajita mágica de su boca volaban a posarse en mis oídos, y desde el encendido resorte de mis labios saltaban a encerrarse en el cubilete hermético de su corazón, guiadas por los hilos de luz que brotaban de nuestros ojos.

Cuando más absorto me hallaba yo en mi éxtasis amoroso, noté que mi novia enrojecía, y me vi, de pronto, objeto de todas las miradas. ¿Qué ocurría en la tierra, que yo no había notado desde el paraíso?...

Poca cosa. Azuzado — lo comprendí en seguida, con la rapidez del pensamiento — por un grupo de pollos presidido por un zagalón calabaceado por mi novia, y, sin duda alguna, sabedor de mi secreto — ¡estos pueblos en los que todo se charla! — se hallaba ante mí el Cav. Martinelli, el prestimano, suplicándome con macarrónica frase y con sonrisa perfectamente florentina:

«El señore será tan gentil que mi presta un momentino il suo reló... No li faró nessuno danno; solamente io lo picaró n'ell mortero...»

supremo! — e increíble en mí por mí mismo, finjo soltar el asa de la saboneta del mosquetón de la leontina, y alargándoselo al cavallero, doy a entender con un movimiento rápido que el reloj, desde los dedos de él, ha caído a tierra, ha volado por los aires, ha desaparecido, en una palabra...

Quedóse el pobre hombre parado, mostrando sus palmas vacías, y yo, entonces, con un cinismo digno de Maquiavelo, prurumpo en un aplauso cerrado que corea todo el público, maravillado de la habilidad y de la destreza del prestidigitador.

«Bene, bene, benissimo... — decía el hombre, un poco azorado y molesto. — Siete un grande illusionista voi... Bene, bene...; ma donátemi il vostro reló, señore...»

¡Muy bien, muy bien! — contesté yo con la mayor flemma. — ¡No he visto en mi vida escamoteo más limpio! ¡Es usted un maestro!... ¡Qué agilidad! ¿Verdad, señores? — pregunté a los papanatas que me rodeaban. — Y ellos, orgulloños con la alusión, reventando de vanidad al verse convertidos en primeras personas.

«¡Oh, admirable! — exclamaron todos. — ¡No se ha visto nunca habilidad semejante!...»

«Ma, il señor — lamentábase el prestimano, confundido — no m'ha donado su reló ancora.»

Segunda carcajada y nueva salva de aplausos, iniciada también por mí.

«Los señores lo han visto — afirmé yo, agitando mi cadena con el abierto mosquetón libre, y sin cesar de reír. — ¡Usted quiere escamotearme de veras mi hermoso reloj de oro!...»

— ¡Sí, sí; yo lo he visto! — chilló una mamá a mi lado. — ¡Precioso! (¿Me aludía a mí?)

«¡Y yo! — añadió una dama que defendía su tercera juventud. — ¡Lindísimo!» (¡Diantre!)

«¡Y yo!...»

«¡Y yo!...»

¡Todos! Todos habían visto mi reloj; y todos lo afirmaban de buena fe; verdaderamente sugestionados por mi frescura, por mi audacia y por lo naturalísimo del caso, siendo este caso naturalísimo, no que yo engañase al escamoteador, sino que él, con sus artes brujas, nos engañase a todos nosotros. Hubiérase tratado de una muerte, y aquel pobre hombre habría ido a presidio, al patíbulo quizá, empujado por el testimonio leal de cien ojos que no habían visto nada.

Azoradísimo andaba el mago, temiendo alguna de esas burlas imbéciles, a las que son tan aficionados los sabios y los graciosos de pueblo — *Liberanos, Domine!* — y cuánto más extremadas eran sus protestas de inocencia, mayores eran la risa y la algazara y los aplausos, pues el ocultista representaba con tan insuperable perfección y con tal naturalidad su difícil papel, que, contra lo que él no esperó jamás, obtuvo por trágico el triunfo que él buscaba por cómico.

Como todo tiene fin en este mundo, túvolo aquello también, con uno que yo busqué para tan violenta situación; y perdonando la vida al Cav. Martinelli, le dije muy serio, vendiendo protección:

«Está bien; no se apure usted. Mi reloj ha desaparecido; ya parecerá al terminar la función; y si no pareciese, quédese usted con él; yo se lo regalo como premio a sus méritos.»

Pretendió él, balbuciente, articular alguna excusa; pero yo clavé en el conturbado tal mirada, prometedora de algo que no era un reloj, precisamente, y muy creíble en quien había tenido la desfachatez mía, que el fascinador quedó fascinado por ella, y comprendiendo acaso mi apuro, e induciéndole yo a comprenderlo, púsose, al fin, de mi parte, y con graciosos ademanes envióme por los aires el reloj a mi casa, entre los aplausos del público necio, mientras fingía devolvérmelo y yo aparentaba guardármelo.

Así acabó aquella aventura, que tuvo un colofón: una tanda de palos que metió miedo; pues en cuanto me vi en la calle, me lié a bastonazos con los graciosos organizadores de la bromita, para acabar de demostrarles que yo también entendía algo de juegos de manos. Y al día siguiente, en cuanto rescaté mi reloj, cumpliendo lo ofrecido, se lo envié al Cav. Martinelli, con una tarjeta mía, en la que escribí:

«Lo prometido es deuda. Recuerdo de su colega de anoche.»





para quemar, con todo lo demás que verá el curioso lector (Jolis, Barcelona).

Las guerras carlistas, los actos políticos, pérdida de Colonias del pasado siglo, etc., como no podía menos de suceder, tuvieron también su divulgación en romances.

Un renglón muy abundante, como no podía tampoco ser de otro modo, es el que hemos de llamar de costumbres. No se enal-

**RELACION VERDADERA DE TODO LO SUCECIDO EN EL SITIO DE SEGEDIN, Y CINCO IGLESIAS. DECLARANDO TODO LO SUCECIDO EN el dicho Sitio.**



En Barcelona por Rafael Figueró y los Algodoneros, Año 1848.

tece en ellos la manera de desarrollarse la vida en un sector especial de la sociedad, ni un período o época determinada del año, antes bien se presenta un aspecto pintoresco de una fiesta, como lo relativo a las costumbres ciudadanas en época de Carnaval, en tiempo Pascual con las caramellas, Todos los Santos, Jueves lardero, Navidad. O bien se pinta un singular aspecto de la vida característica de la gente de ciertas calles o plazas, o se relata la vida penosa de los labradores, o la sedentaria de los pastores o las picardías y travesuras de los estudiantes no menos que las de los soldados. El género tiene variadas ramificaciones a cual más interesante.

Una subdivisión podría formarse con los descriptivos de viajes, de ciudades, de pueblos, de gentes, ya reales o verídicas, ya imaginarias (Jauja, Barcelona, Marruecos, calle del Hospital, Mercado de la Boquería, etc.).

Los inventos modernos tienen su apartado como las *Canciones del Ferrocarril* (Madrid. Imp. Marés, 1851).

Por lo mismo que el pueblo es religioso de sí, este asunto es tratado extensamente en romances que alimentan su fervor. Muchos versan sobre asuntos bíblicos ejempla-

**LA VIDA DEL PASTOR.**



**RELACIÓ NOVA Y MOLT CURIOSA DE LA VIDA DELS PASTORS, EN QUIS MANIFESTA LOS TROBALLE Y GRANS COMBATS QUE TINGEN QUANT VEU EN SO TEMP, Y SO MOLT ALABARS Y REVERTITS QUE SE FAN EN EL.**

Algunos han dit, qualse pastor sempre la vida gaudia; mas ja dirá que es una pastora, que la vida dels pastors.

Ja hi veit com estava i que que el pastor del fet era boia i era via; abrigat ab la...

es a saber, aquellos productos ancestrales de la musa popular transmitidos por la tradición oral de padres a hijos, cuando han llegado a tanta popularidad que son del dominio público, suelen ser perpetuados también en romances de ciego. Díganlo sino *El Conde Alarcos, El Corregidor y la Molineira, Roseta Tallavi, flor del pésol agraciada*, etcétera, etc.

El pueblo crédulo alimentó su fe y su ignorancia con hojas populares de las que unas le dieron alientos de vida y otras envenenaron su alma con paparruchas y supercherías. De aquí las que tratan de interpretación de los sueños, las que profetizan acontecimientos, las que descifran mitos y creencias vulgares, etc.

Un ciclo muy interesante lo formaron aquellas narraciones romancescas dedicadas a contar con toda suerte de pormenores, las peripecias que les acaecieron a unos particulares o a unos soldados que fueron hechos cautivos por los moros o por los enemigos de su patria. En ellos el numen de su autor se esfuerza en pintar desdichas, y abundan aquellos casos en que después de mojar la pluma en sangre, puede hacerlo para pintar también con los más vivos y fuertes colores una intervención sobrenatu-



**CANCIÓN DIVERTIDA DE LA VIDA DE JUAN SOLDADO, PARA CANTAR LOS AFICIONADOS.**

Que cantar, cantar, que cantar, cantar, que cantar la vida en el romance.

La vida de Juan Soldado es muy larga de cantar, al cantar lo quieren más ya lo voy a empezar. Que cantar, en.

¿A qué hora de la noche he ido después al lugar? las habitas en la plaza ya las han cambiado. Que cantar, en.

ral que trueca en gloria y albricias las penalidades de la prisión y del martirio.

No digamos de la crónica de desgracias que es muy numerosa. Ladrones, raptos, crímenes, fusilamientos, inundaciones, pestes, todos tenían su poeta, mejor dicho, su editor, poco escrupuloso, que lanzaba a los cuatro vientos una historia fiel o amañada de un suceso terrorífico con objeto de conmover al cándido auditorio. Aun años después de su prístina popularidad hemos visto grandes cartelones exhibidos por un ciego que expedía el romance de Juan Portela:

*Escuchen, señores míos, les diré de Juan Portela, el ladrón más afamado de la gran Sierra Morena.*

(Imp. Llorens, Barcelona; La Fleca, Reus, y otras muchas imprentas han editado y reeditado constantemente esta relación, vulgar y chabacana.)

Y como en la vida no todo han de ser desgracias y notas tristes, cuantas veces los ciegos expendedores de romances y cantores de notas sentimentales acababan excitando la hilaridad de sus oyentes con una canción fácil y extravagante. Sobre todo cuando presentaban casos imaginarios y ejemplares de fama grotesca. *Estragos de*

*un caracol, La fiera malvada, La pulga fenómeno, Batalla de un león ...et ejusdem furfuris.* El público rela estas simplezas, y lo que importaba a cantores y editores, compraba el romance.

\* \* \*

Pasaron para no volver los tiempos del romance. A los que sistemáticamente con-



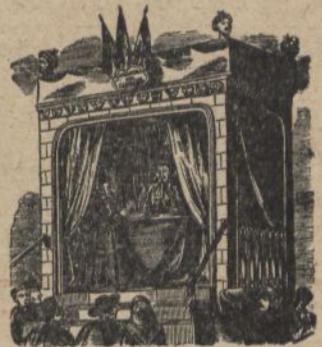
**LA FIERA MALVADA**

Relación del horroroso caso que sucedió en el país de Jerusalén, de los estragos que hizo una fiera malvada ANIMAL SILVESTRE, cuya forma era como la granada lincea, por lo cual toda la gente estaba asustada al ver que se partían muchas personas y de toda clase de animales, y por último se descubrió como lo animal que tenía el cuerpo humano.

denan toda moda antigua, porque ya los tiempos son otros, hemos de decirles que antes de anatematizar del romance de ciego, deben establecer una distinción: la del romance hecho de buena fe y la del escrito y editado por imperio de las circunstancias, en cuyo caso logró vida efímera. Pero no podrá en modo alguno desecharse como cosa baladí la hoja popular que divulgó la historia, la leyenda, el libro de caballerías y el cántico que en su grado ayudó a la cultura.

Item más, los romances de ciego tuvieron su época buena que les separan de la degeneración del romance actual, escrito por plumas indoctas y poco escrupulosas, que por fortuna están impresos en un mal papel, a diferencia de los romances de ciego que en sus buenos tiempos se imprimían en excelente papel de hilo o de algodón con grabados al boj que todavía hoy constituyen una golosina bibliográfica y artística que no podrán pasarse en silencio cuando se trate de historiar el grabado en talla dulce.

Ante el mal papel y los mecánicos fotograbados actuales que desaparecerán, que



**ULTIMA VOLUNTAD Y LEGITIM TESTAMENT, DEL MOLT DONAT CARNESTOLTAS, en lo cual disposo lo seu enterro**

quedarán destruidos dentro de pocos años, podrá oponerse para defensa del romance de ciego, tal y como llegó a cautivar nuestra atención y aún a merecer nuestra consideración, toda la hermosa colección que gracias a sus grabados, a su asunto y a su impresión sobre excelente papel, resistirán todavía algunos centenares de años la acción del tiempo.

res como la historia del Diluvio universal, del hijo pródigo, de Tobías, de los Macabeos; otros representan determinados momentos de la Pasión y Muerte de Jesucristo, algunos son sobre temas piadosos para excitar la religiosidad de los lectores u oyentes, como los Dolores de la Virgen, Via Crucis en verso, etc.

Los cantos populares propiamente tales,

# RECUERDOS BORGIANOS

Por CARLOS SARTHOU CARRERES

Clichés del mismo autor

## En las Colegiatas de Játiva y Gandía



Tabla de San Agustín y Sta. Mónica en el tríptico de Jacomart, para la Capilla de Calixto III de la Seo de Játiva

libros y revistas (1). Apuntaremos aquí algo de ello, aunque muy a la ligera.

No es mi pobre pluma la predestinada para cantar las glorias de aquellos grandes patricios ni menos aún revidicar su fama ultrajada (2). Quede tan grata tarea para

(1) «Geografía general de Valencia», t. mo II, págs. 377 a 404 y 464 a 495. (Barcelona, A. Martín). — «Blanco y Negro», núm. 1790. Madrid, 1924. — «La Hormiga de Oro», Barcelona, núm. 14 de 1926. — «Boletín de la S. E. de Excursiones», Madrid, tomo 24 de 1926. — «Guía oficial de Játiva», 1925.

(2) Es abundante la bibliografía borgiana española y extranjera, pero en ella debe entrar el escarpelo de la crítica histórica. Entre otras innumerables publicaciones de admiradores y de detractores de los Borjas, podemos recordar en esta nota las siguientes: R. Chabás: *Alejandro IV y el Duque de Gandía* (en el tomo VII de «El Archivo», Valencia, 1893), P. A. Cardenal Cienfuegos: *San Francisco de Borja* (Madrid, 1726), Marqués de Laurencin: *Festines que se celebraron en el Vacano con motivo de las bodas de Lucrecia Borgia* (Real Academia de la Historia, Madrid, 1916), M. Oliver: *D. Rodrigo de Borja (Alejandro VI) sus hijos y descendientes* (Boletín de la Real Academia de la Historia, tomo IX, Madrid, 1886), J. Sanchis Sivera: *Notas para la historia de Alejandro VI* (Valencia, 1919), A. Ademollo: *Alessandro VI...* (Firenze, 1886), D. Cerri: *Borgia ossia Alessandro VI papa* (Torino, 1858), Leonetti: *Papa Alessandro VI* (Bologna, 1880), M. Menotti: *Documenti inediti sulla famiglia e la Corte di Alessandro VI* (Roma), G. Apollinaris: *La Rome des Borgia* (París, 1914), E. Bertaux: *Monuments et souvenirs des Borgia dans le Royaume de Valence*



Tabla central de Sta. Ana en el tríptico de Jacomart, capilla de Calixto III en la antigua Seo de Játiva

Fueron los Borja una nobilísima estirpe cuyo glorioso apellido va engarzado con la historia medieval de nuestra amada Patria. Periodos hay en los siglos xv y xvi, en que, con su talento y sus virtudes, lo llenaron todo, no sólo en la historia regional del antiguo reino valenciano, si que también en los anales de España y en la historia mundial—su blasón borgiano se posó en templos, monasterios, alcázares y palacios; y el eco de su justa fama irradió desde el solio pontificio hasta la joven América.—Entre la pléyade admirable de ilustres purpurados y guerreros de las dos ramas hermanas de Játiva y Gandía—allí desde los pontífices setabenses y aquí después de los duques reales—descollaron, en la una ciudad don Alfonso y don Rodrigo de Borja; y en la otra el gran prócer de Carlos V, don Francisco de Borja, el Santo Duque, que supo trocar la espada por la cruz en su retiro del claustro. De estos y otros personajes borgianos, se guardan en las antedichas ciudades levantinas valiosos recuerdos testimoniando su gran piedad y sus patrióticos amores, especialmente en sus artísticas colegiatas, de las cuales, antes de ahora me ocupé ya en



Puerta ojival de la Colegiata de Gandía

las prestigiosas firmas que se imponen tan plausible tarea, muy superior a las modestísimas pretensiones de un artículo de revista, de mera divulgación artística, sin pretensiones de erudición histórica.

En Játiva y su baronía de Canals (la Torreta), están las casas solariega y natalicia

(«Gazette des Beux Arts», París, 1908), L. Cellier: *Alexandre VI et ses enfants en 1493* (París), Clement: *Les Borgia, Histoire du Pape Alexandre VI, de Cesar et de Lucrece Borgia* (París, 1882), E. Cebhart: *Les Borgia* (París), L'Epineis: *Alexandre VI* (París, 1881), H. Motagne: *Une rehabilitation de Alexandre VI* (Crítica del libro de Oliver, París, 1870), *Le Cardinal R. de Borja: Réponse au R. P. Ollivier* (París, 1872), Ollivier: *Le Pape Alexandre VI et les Borgia* (París, 1870), Ch. Iriarte: *Autour des Borgia, Les Monuments, Les Portraits Alexandre VI, Cesar, Lucrece, Les Apartaments Borgia au Vatican* (París, 1891), J. Brosch: *Alexander VI...* (München, 1875), J. Burchardi: *Un extracto de los documentos del archivo del Duque de Osuna de Madrid, relativos al Cardenal D. Rodrigo de Borja y Borja, sus hijos y descendientes primeros duques de Gandía, facilitados por el Sr. Cánovas del Castillo al dominico P. Bayenne, C. R. von Hoefler: D. Rodrigo de Borja* (Wien, 1880) Lord Acton: *The Borgias and their latests Historian* (1907), Marqués de Villaurrutia (de la R. Academia de la Historia): *Lucrecia Borgia* (Estudio histórico), Madrid.

de los Borjas, sus enterramientos en los templos colegial y monacal de San Francisco, el monumento a Calixto III, sus escudos por doquier y otros evocadores recuerdos. Pero donde más latentes aparecen estos recuerdos de los Papas setabenses, es bajo las altas bóvedas de la Colegiata actual. En la primitiva Seo gótica, cimentada en el solar de la mezquita, hubo una capilla que mandó edificar el cardenal don Alfonso de Borja (después Papa Calixto III), dedicada a Santa Ana, y cuyo patronato sobre la capilla llevaba anejo el derecho de sepultura para los padres del purpurado, allí enterrados y sus hermanas doña Juana (medianera de la obra) y doña Isabel (madre de Alejandro VI). Tan fastuosa obra del siglo xv —de cantería gótica y primorosas labores— fué derribada para la terminación de la actual colegiata; y sus artísticos restos se conservan en el museo municipal de Játiva. Consisten en ya decapitadas estatuas; angelados de flora; parte del arco toral; el florón-calvario de la bóveda —; el escudo borgiano con su ángel sustentante; un mensulón y otras piezas. En la Seo, se admiran todavía las principales tablas del políptico admirable de Jaime Baço (a) Jacomart; o sean las centrales de San Agustín, Santa Ana y San Ildefonso y dos secundarias del Bautismo del primero y de la casulla del último; habiéndose perdido la espiga, piedella y polsera si la tuvo, así como la primitiva marquetería dorada del retablo (3).

Además de este retablo, que es, sin duda, lo más notable del siglo xv en tierras valencianas, se guarda en la Colegiata de Játiva una bella puerta gótica con blasón pontificio del Papa Borja (tiara con triple corona y la cruz); más algunos escudos borgianos en los enterramientos de la nave poligonal del trasagrario (como el del arzobispo de Terano, don Juan Borja). El retablo prerrafaelista o relieve escultórico de «La Pietá» que se supone envió desde Roma Alejandro VI por conducto del pintor Paolo di Sancto Leocadio di Reggio. La arqueta marfileña, arte veneciano de los Embricchi, renacimiento italiano siglo xv remitida desde Italia por Calixto III, con reliquias para la Colegiata de su Patria. Un cáliz pontificio que se dice del mismo Papa. Unos relicarios góticos filigranados en forma de custodias altas, de pie, muy semejantes pe-

(3) Véase el artículo sobre esta capilla publicado en «A. B. C.» extraordinario de enero 1923 (Madrid).



Arqueta marfileña renaciente de taracca italiana enviada a la Seo de Játiva por el pontífice Borja



Puerta blasonada en la Seo, procedente de la Capilla pontificia de Calixto III, hijo de la Ciudad (siglo XV)

ro el uno más esbelto que el otro. Y algunas otras alhajas que pregonan el cariño de los preclaros pontífices setabenses hacia la iglesia colegial do recibieron las aguas del bautismo. En esta Colegiata se respira su recuerdo por doquier. Apenas traspuesta la puerta ya vemos sus retratos en los dorados medallones del trascoro; retratos que se repiten en las grandes vidrieras policromadas de los elevados ventanales de la nave crucera; en los esbozados lienzos de la sala Capitular y en la tabla extrema del tríptico calixtino donde retrató Jacomart al cardenal don Alfonso de Borja en actitud orante.

Más aún: con Alejandro VI es muy posible que tenga relación la grandiosa custodia gótica procesional de plata dorada—arte catalán de fines del siglo xv con restauraciones hechas en el xvii por Pedro de Avendaño, probable autor del araceli, ángeles orantes y capiteles laterales. — Porque esta custodia setabense — la mejor pieza de orfebrería después de su soberbia cruz procesional de esmaltes — se adorna de la misma tradición que la incomparable y gigantesca custodia de la Catedral primada de Toledo; esto es, que se fabricó con la primera plata traída por Colón de América, entregada al rey católico don Fernando de Aragón, enviada por éste al pontífice setabense Alejandro VI y ofrecida por el Papa español a su Patria para Cristo sacramentado.

Trasladémonos ya de la ciudad de los Pontífices a ciudad de los Duques: de Játiva a Gandía. Pero una vez aquí pasemos de largo ante su Universidad, fundada por el Duque de San Francisco, ni nos detengamos tampoco en el palacio ducal de los Borjas, que nos dió tema sugestivo para anteriores ar-

tículos (4). Su arquitectura, pinturas, blasones, muebles, retratos y todo, nos habla allí de los Borja como un libro abierto de su memorabe historia, como preciado relicario de su glorioso pasado; especialmente de aquel Santo Duque, al recorrer del palacio sus galerías, patios y escaleras, su despacho, el oratorio, el dormitorio, el museo-

(4) «La Esfera», de Madrid, núm. 207 (diciembre 1917); «La Hormiga de Oro», de Barcelona, núm. 46 (noviembre de 1925), y otras.



Tabla de Sen Alfonso con el retrato del Cardenal Borja (luego Calixto III) en la Seo de Játiva



Tabla del políptico de la Ermita de Santa Ana probable fundación de los Borjas

biblioteca y otros salones, pensamos encontrarle allí o salirnos al paso, contrito y repitiendo su histórica frase: «¡No más servir, no más servir, a Señor que pueda morir!»

Aunque toda Gandía nos hable de sus duques borgianos (5), reclusámonos en su bellísima Colegiata de la cual fueron sus Patronos y entre cuyos tesoros de arte cristiano retrospectivo descuellan los recuerdos de su piadosa historia, comenzando por la pila bautismal de San Francisco de Borja. El interesante templo ojivo, data de la segunda mitad del siglo XIV. Comenzáronlo a construir los duques reales, pero lo prolongó y terminó hasta el coro e imafrente, la duquesa viuda de Gandía (6). Las bóvedas de la gran nave son de crucería, con bellísimos florones en sus claves; las cinco primeras historiadas con imaginería cuatrocenista o blasones heráldicos de los duques reales, y con escudos borgianos de Alejandro VI, los cuatro restantes, sobre el coro y obra complementaria del templo. La puerta principal del mismo se adorna con estatuaria de Forment; y en el arquivado, bajo el tímpano, se repite, en tarjetas italianas de aspecto renaciente, el escudo de la antedicha viuda doña María Enriquez. El retablo mayor es obra admirable del citado Pablo San Leocadio de Reggio, pintor del papa Borja, que vino a España asalariado por la duquesa de Gandía para pintar este retablo de la Colegiata y otros varios (7).

(5) Dice el docto académico (e ilustre setabense adoptivo) Dr. D. Elías Tormo Monzó, en la página 229 de su erudita *Guía de Levante* (Madrid: Calpe), que la historia de Gandía es la de su Ducado, o sea «desde 1485, los Borjas, comenzando por los dos hijos mayores de Alejandro VI, D. Pedro Luis y D. Juan el asesinado en las aguas del Tíber. El nieto del segundo fué San Francisco de Borja (1510-1572), cuarto duque de Gandía (entre los Borjas), tan gran magnate en la corte de Carlos V y después jesuita y general tercero de la Compañía. En Gandía nació, vivió, fundó instituciones y gobernó sus estados con singular celo presente o ausente». (Este ducado de Gandía dependió de la Gobernación de Játiva.)

(6) «La piadosísima Doña María Enriquez, viuda de los hijos de Alejandro VI, la regeneradora de la stirpe», como la llama D. Elías Tormo en la misma página 229 de su citada «Guía de Levante».

(7) Mediante escritura de contrato fechada en 1501 y conservada en el archivo de los Duques de Osuna, de Madrid.

Es gigantesco con talla y escultura de la Virgen, dorada, obra primorosa de Damián Forment. En sus 27 pinturas, muestra los Dolores de la Virgen en las siete tablas centrales, el Calvario en la espiga y otros temas varios en la polsera, constituyendo en conjunto un jalón muy estimable para el estudio crítico de la historia del arte pictórico en España por ser este retablo un óleo prerrafaelista de inestimable interés artístico.

En el mismo templo se conservan dos lámparas de plata repujada que regaló el cardenal don Gaspar de Borja (8). Más un terno bordado en oro sobre lama de plata con escudo del Santo Duque. Un cáliz regalado por Alejandro VI. Y un admirable relicario renacentista, de oro y esmaltes, valiosísima pieza de orfebrería italiana, que, en opinión del docto profesor señor Tor-

mo Monzó, bien pudo haber sido «un espejo de Lucrecia Borja, antes de donarlo Alejandro VI, su padre, a la Colegiata».

Sin salinos de los estrechos límites de dos templos y sin descripciones ni comentarios hemos apuntado algo, de lo mucho y bueno que decirse puede sobre el tema de este artículo; y aun sin hacer excursión a la catedral de Valencia y al Vaticano de Roma, hemos agotado el espacio concedido por la hospitalidad de MUNDO IBERICO y la benévola atención de sus lectores.

Si los anhelos de esta revista son entre otros no menos nobles, dar a conocer la Patria ante el mundo entero y ante ella misma..., mejor que los grandes monumentos ponderados ya por Guías y revistas, vayamos divulgando aquellos tesoros de arte y aquellos detalles históricos que, no por quedar al margen de las rutas del turismo, son menos dignos de ser conocidos, como los antedichos recuerdos de los Borjas en sus risueñas ciudades nativas.

Játiva y agosto de 1926.

(8) Su retrato en Gandía, pintado por Velázquez, se perdió ya; pero se conserva una copia en la Catedral de Toledo.

## VERDADES AMARGAS

# Los Saltos del Duero

Por RIBERA-ROVIRA

Portugal, como España, ha fundado su industria sobre bases falsas. De ahí su vida precaria, amparándose en el arancel. No tenía materias primas; faltábale carbón, hierro y medios de transporte, y empeñóse en crear una industria. Levantó fábricas, contrató operarios y técnicos extranjeros, importó las fibras textiles y la maquinaria, compró carbón a Inglaterra... y se hizo la ilusión de poseer una industria propia, genuina, nacional. Empezó por donde tenía que acabar.

Primeramente, debía cultivar el algodón en sus colonias, aprovechar la enorme energía hidráulica de sus ríos, crear electricidad, extraer de su suelo el hierro y el carbón que posee, hacer altos hornos... y después, con

esta primera base indispensable, establecer su industria y fabricar telas de seda, lana y algodón para vestir con ropas propias, decentes y económicas el cuerpo escualido de ese buen pueblo que va simplificando poco a poco su comida hasta reducirla a una rebañada de *broa* y su indumento a la sumarisima tanga congoleza que en invierno habrá de ocultarse bajo el tradicional *varino* de surrobeco o zaragoza.

Así va viniendo asustadoramente, para Portugal, la *débaule*. Todo se desvaloriza. La moneda no vale nada; los campos no producen nada o si producen, no bastan a alimentar someramente una población que el alcohol, la tuberculosis y la sífilis han ido depauperando—víctima del hambre y del Trópico—y que toda su presencia en el mundo la debe a su Epopeya pretérita y a la grandeza actual de su espíritu, tan magnífico en la gloria como en el dolor.

Un pueblo así que vive de caridad, de la suscripción pública—el hambre en el Algarve, la miseria en las Azores—asolado, además, por la impiedad del destino y por la plaga burocrática, bajo la losa de plomo del Fisco y el desgobierno de los incapaces, es fácil presa de los agiotas y usureros internacionales. Sus riquezas naturales son codiciadas; los restos de su patrimonio dados al mejor postor. Es el momento de las pingües operaciones. Con un puñado de oro inglés, español o yanque se puede comprar el cielo y la tierra de Portugal. Minas, ríos, ferrocarriles, tabacos... todo irá a manos de extranjeros. Y un pueblo de tan encendido patriotismo, de tan noble orgullo racial, de tanta vergüenza nacional como el portugués, irá descendiendo en su apatía—que es el *engano ledo e cego* de los suicidas—hasta verse extranjero en su propia casa.

Un consorcio español se ha apoderado de la mayoría de acciones de la Compañía ferroviaria de la Beira Alta, otro consorcio bancario trata de realizar, con dinero portugués, naturalmente, las obras formidables que los Saltos del Duero requieren para que pueda aprovecharse... en España la energía del río luso-español. Y de este modo, unas veces ostensiblemente por mediación de la banca y otras veces subrepticamente por la acción persistente y tenaz del contrabando, Portugal va empobreciéndose cediendo por unos céntimos lo que vale contos de reis a los extranjeros que saben embaucarles con cuatro frases hechas extraídas hábilmente del clásico repertorio peninsular y propinadas oportunamente cuando se trata de redondear un buen negocio.

Portugal se empobrece. No es ya la tremenda desvalorización de su moneda que una circulación fiduciaria verdaderamente abrumadora agrava cada día: es, además, su déficit cerealífero—en 1926 tuvo que importar más de 270,000 toneladas de cereales,—el derrumbamiento de sus mercados para los vinos de marca—en un quinquenio, de 1922 a 1926, sólo la región vinícola del Duero produjo más de 300 millones de litros de vinos generosos, que no hay medio de sacar de las bodegas,—y es, finalmente, la importación de manufacturas que sobrepasa el 80 por ciento del consumo total. A esta situación precaria de la metrópoli, hay que añadir las necesidades coloniales que absorben, sin compensación inmediata, sumas enormes del erario público—el financiamiento de Angola, la crisis de Mozambique,

los socorros por las catástrofes de Macau, Cabo Verde y Azores.

Las estadísticas dicen que la tuberculosis y otras enfermedades contagiosas que arruinan físicamente a la nación, se escampan y aumentan pavorosamente; dicen que disminuye cada día la robustez, la aptitud física, de los mozos que son inspeccionados para el servicio militar; dicen que crece la cifra de la mortalidad general y disminuye la de la natalidad, hasta el punto de que, durante los últimos años son más los portugueses muertos que los nacidos; dicen que es cada vez mayor el número de niños nacidos muertos y hasta el de las esperanzas de nuevas vidas asesinadas criminalmente antes de ver la luz... «Portugal—escribe Quirino de Jesús—que podría sustentarse más de 18 millones de habitantes prósperos, ya antes de la guerra no tenía recursos efectivos, en su interior, para conservar su tan sobria y casi humilde población, que no llega a una tercera parte de aquélla. Después de la paz, esos recursos son todavía más precarios. Su pobreza relativa, amparada por sus colonias de emigrantes, se ha acentuado mucho más durante este período, tal vez más trágico para nosotros que el de la guerra. Así pudo suceder que de 1921 a 1924, mientras su exportación era 36 por 100 menor que la de 1911 a 1913, su importación, en cambio, fué apenas inferior a la de este trienio en un 12 por 100. No fué debido esto a que nuestra balanza de pagos recibiera más oro por gastos de excursionistas extranjeros, intereses de capitales invertidos en títulos de otros países y fletes de marina mercante. Fué sencillamente porque fuera del país había más portugueses trabajando para acudir a nuestra penuria y miseria. Si todo continúa como hasta aquí, nuestra emigración definitiva y temporal excederá a cien mil personas por año, para costear la estrechez y mezquindad de la vida que la población cada día más exigua viene arrastrando por este abandonado solar patrio. Que es lo que sucederá cuando el Estado ya no pueda mantener su comunismo estéril y devastador con aumentos de tres o cuatro millones de libras en la deuda fluctuante, por cada gerencia.»

Esa deuda fluctuante importa 26 millones de libras esterlinas en el país, y 24 millones en el extranjero. Total: 50 millones de libras. ¡La montaña es formidable y obscurce todo el horizonte nacional! — exclama un comentarista lusitano. Sobre esta pesadísima carga, hay que hacer incidir el peso enorme del déficit del presupuesto de 1926-1927, que no será inferior a tres millones y medio de libras esterlinas. Un desastre.

\* \* \*

Es en estos momentos de angustia que Portugal se ve arrastrado a un pésimo negocio, que mucho puede comprometer su economía: el de los Saltos del Duero. Esta cuestión tormentosa que hace años se viene debatiendo en los medios ministeriales y financieros de España y Portugal y que se inició con aquel escándalo famoso de las Bocas del Ródano llevado a la furia de los comicios y del Parlamento, vuelve a tener una insospechada actualidad.

De la industrialización de la energía hidráulica del Duero hacen depender los polí-

ticos y los economistas la transformación de la industria y la agricultura portuguesa y su emancipación de la tutela extranjera, hasta el punto de que, gracias a ella, Portugal podría bastarse a sí mismo. Son unos 200,000 HP. hidráulicos, captados sólo en la zona internacional, que producirían energía bastante para electrificar las líneas férreas del norte hasta Lisboa y todavía sobraría para las industrias textiles, siderúrgicas y metalúrgicas, agrícolas, de abonos químicos, de iluminación, etc. En el aprovechamiento de esta fuerza hidro-eléctrica, fía Portugal la transformación de toda su economía y la salvación de su hacienda.

Desde 1918, España y Portugal andan formalmente interesados en la solución justa y equitativa de este asunto. El río Duero nace en España, atraviesa la frontera y muere en Portugal. Recorre, pues, territorio español, una faja fronteriza internacional y territorio portugués. Los problemas nacidos del aprovechamiento del río en su faja internacional, son los que más preocupan a los gobiernos de los dos países interesados. Cuando en 1918 el doctor Egas Moniz, ministro de la República portuguesa en Madrid, habló del asunto con el entonces ministro de Fomento del gobierno Maura, señor Cambó, propuso que los medios económicos fuesen aportados por los dos países en parte iguales, «pero, atendiendo a que Portugal atravesaba en aquel momento una crisis financiera grave y como que, por otro lado, no debe retrasarse esta importantísima mejora que es la base de nuestro resurgimiento nacional, debe el gobierno portugués procurar obtener o levantar en España un empréstito de la mitad del capital que corresponde a nuestro país y que pagará cuando le convenga y los cambios sean más favorables.»

Esta proposición ha sido discutida hasta llegar a un resultado diametralmente opuesto al que en ella se interesaba. Durante años las negociaciones oficiales entre los dos países se han ido desarrollando con cierta parsimonia y ha sido en estos últimos meses cuando la actividad desplegada por los negociadores ha dado un mayor y más rápido resultado. Parece, ahora, que el asunto está en vías de solución inmediata. Y la fórmula aceptada en principio por unos y otros, es la de que lo paguen todo los portugueses. O en otras palabras: que se hagan las obras de captación, aprovechamiento e industrialización de los saltos del Duero, con dinero portugués.

Esta es la fórmula cómoda que la Sociedad Hispano-Portuguesa de Transportes Eléctricos — concesionaria de las obras de aprovechamiento del Duero — ha encontrado para llevar adelante el plan Ugarte que patrocina y que ha sido aprobado por el Gobierno español. Esas obras, comprenden los trabajos de regularización del río — represas de Ricobayo y Castro — y las del Duero internacional. Las primeras, interesan a los españoles. Las segundas, a los portugueses. Pues para unas y otras exige la empresa concesionaria el auxilio económico de Portugal, afirmando que sin efectuar previamente las obras de regularización del Duero español de nada valdrían los saltos de agua del Duero internacional. De ahí que en unas y otras sea necesaria y justa la cooperación financiera portuguesa. Pero, ahora resulta que las obras más caras son las que habrán

de efectuarse en España y que las de la zona internacional serán las más productivas y de menos costo, siendo por tanto los aprovechamientos del Duero fronterizo los que valorizan y dan interés a los aprovechamientos en territorio español. Así lo reconocen los técnicos, basados en los cálculos del profesor catalán señor Gelpí Blanco. Las obras hidráulicas en el Duero español, el establecimiento de las líneas para transportar la energía en una extensión de 879 kilómetros y los demás gastos de instalación, estudio y planos, importarán cerca de 250 millones de pesetas. Y cuéntese que todavía no se habrá iniciado el trabajo en la zona internacional o fronteriza, que es la que interesa a Portugal precisamente.

¿De dónde saldrán esos enormes capitales para la realización del plan Ugarte? No es presumible que los aporte España. El Banco de Bilbao, que financiaba a la Hispano-Portuguesa, se había comprometido, al constituirse aquella sociedad en 1918, a tomar en firme 132 millones de pesetas del capital proyectado de 150 millones. Compromiso que, según las referencias periodísticas últimamente aparecidas sobre el caso, ha sido retirado por notificación notarial a la empresa concesionaria, quedándose apenas con el derecho de preferencia sobre el cincuenta por ciento de las acciones que la sociedad lance al mercado. A pesar de eso, el Gobierno español — que no ha querido avalar el capital de la Hispano-Portuguesa, no ha titubeado en darle la concesión del Duero español y prometerle el Duero internacional, dejando apeada oficialmente a la Sociedad de Electrificación Industrial que les disputaba la concesión ofreciendo un plan de obras que equitativamente se repartían a ambos lados de la frontera, sin preferencia por ninguno de los dos países, y desde el primer momento.

La Hispano-Portuguesa espera obtener del Gobierno portugués la concesión exclusiva del Duero fronterizo internacional y de las líneas portuguesas. El gobierno de Lisboa duda y no se decide. La opinión y los técnicos, en Portugal, manifiestan un claro pesimismo y un fundado recelo en conceder esa exclusiva a una empresa que tiene un plan de obras en el Duero español que le absorberán 250 millones de pesetas. Por otro lado, sin esa concesión del Gobierno portugués, que valorizaría enormemente el negocio, no es probable que la Hispano-Portuguesa pueda levantar capitales bastantes para las obras iniciales de regularización del Duero. Con una concesión global, de los saltos del Duero en Portugal y en España, la Hispano-Portuguesa podría aspirar a una profusa captación de capitales portugueses que le compensara de la defección del Banco de Bilbao. Sin esa concesión, que garante el pingüe negocio del Duero fronterizo y de las líneas portuguesas, no es probable que la empresa encuentre bastante dinero en España para unas obras costosísimas que, en la zona española, exclusivamente, podrán constituir en verdad una gran empresa patriótica pero representarán un pésimo negocio financiero.

La concesión global a la Hispano-Portuguesa, entraña un peligro enorme para Portugal. Terminadas las obras del Duero español y absorbidos los 250 millones de pesetas que esas obras exigirán, la empresa — disponiendo de un sobrante considerable